


# Los que cambiaron y los que murieron

BARBARA COMYNS

Traducción de Inés Clavero

gatopardo ediciones 

Título original: *Who Was Changed and Who Was Dead*

Copyright © Barbara Comyns, 1954

© Publishers' copyright and year of edition by agreement with Johnson & Alcock Ltd.

© de la traducción: Inés Clavero

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U, 2020

Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: mayo de 2020

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Efectos de una inundación en Lambeth,

Londres, Inglaterra, a causa de una tormenta en 1881

© Duncan, 1890

Imagen de interior: Bell Court, en Bidford-on-Avon

Imagen de la solapa: © Estate of Barbara Comyns

ISBN: 978-84-121414-1-2

Depósito legal: B-4886-2020

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Bell Court, la casa donde nació Barbara Comyns, en 1909, en Bidford-on-Avon, en el condado de Warwickshire, Inglaterra.

De lo que fue y lo que pudo haber sido.  
Y de los que cambiaron y los que murieron.

LONGFELLOW

ÉPOCA

Verano, cerca de setenta años atrás

LUGAR

Warwickshire

## CAPÍTULO I

Los patos atravesaron nadando las ventanas del salón. El peso del agua las había abierto a la fuerza, de modo que los animales entraron en el interior. Circunnavegaron la estancia entre graznidos de aprobación, después partieron otra vez hacia al exterior para explorar el maravilloso nuevo mundo que había llegado durante la noche. En los escalones del porche, el viejo Ives los llamaba aporreando su cubo rojo con un palo, pero aquel día los ánades desoyeron sus instrucciones y se alejaron remando, blancos y resplandecientes, hacia la cancha de tenis. Allí estaban los cisnes, sondeando el agua parduzca y turbia con sus largos cuellos. Por todas partes se oía el chasquido sibilante del agua al penetrar en lugares insólitos, resonaba un bramido lejano y por encima el griterío de los hombres que trataban de rescatar al ganado de los pastos cercanos al nivel del río. Un cerdo pasó chillando, sus patitas chapoteaban frenéticamente y se agarraban al pescuezo, rojo y ensangrentado, y una barcaza de casco plano con varios hombres a bordo le iba a la zaga. La embarcación daba vueltas y vueltas sobre los fieros remolinos de la corriente; con todo, al final salvaron al cerdo, que gritó aún más fuerte. Los niños, Hattie y

Dennis, contemplaban el rescate desde la ventana de un dormitorio, y de pronto salió el sol radiante y cegador y lo bañó todo de plata. Desde abajo, el viejo Ives dijo:

—Mala cosa que brille el sol con una riada, se lleva la humedad de vuelta al cielo.

La abuela salió a su encuentro, e intercambiaron unas palabras en el porche. Oía intensamente a barro y era el primer día de junio.

En las cocinas, las criadas se habían arremangado las faldas prendiéndolas con alfileres e intentaban preparar el desayuno entre chapoteos. Sus piernas desnudas estaban muy enrojecidas. En los fogones ardía una lumbre esplendorosa, y las llamas se reflejaban en el agua, pero el ambiente estaba impregnado de un olor a humedad y a bodega. Las muchachas —dos hermanas llamadas Norah y Eunice— reían mientras perseguían una cesta flotante llena de huevos. Sus risas se transformaron en aullidos cuando una enorme sombra vocinglera pasó volando por la ventana; pero no era más que el último de los pavos reales que aleteaba de un árbol al tejadillo de la carbonera. Los otros tres se habían ahogado durante la noche, y sus cuerpos flotaban tristemente por el jardín, aunque nadie estaba aún al corriente, como tampoco lo estaban de lo que les había ocurrido a las gallinas. A lo largo del día, encerradas en su corral penumbroso, sucumbieron a la depresión y al hambre y se precipitaron de una en una desde sus perchas para suicidarse en el agua gélida, dejando únicamente a los gallos con vida. Sus afligidas comadres cluecas, todas empollando, se hallaban en otro corral oscuro y pestilente y corrieron la misma suerte. Se colocaron sobre sus huevos en una especie de sueño negro y melancólico hasta que el agua las cubrió por entero. Cacarearon un poco; pero eso fue todo. Durante unos instantes tan solo sobresalieron del agua sus crestas rojas, y después desaparecieron.

Ebin Willoweed estaba dando un paseo en barca con sus hijas por el jardín sumergido. Remaba con brazadas suaves y poco efectivas, pues era un hombre perezoso, aunque gracias a una marcada vena curiosa, no era del todo indolente. Remaba bajo un sol ardiente; la luz refulgía con fuerza y el agua brillaba. De vez en cuando el bote se daba un golpe o un rasponazo cuando pasaba sobre una silla de jardín, un tronco o un objeto ligeramente cubierto por el agua. Desfilaban extraños objetos flotantes de aspecto deplorable: el cuerpo hinchado de una oveja ahogada, la lana mustia en el agua, una colmena blanca con las abejas, perplejas, revoloteando a su alrededor; un lechón recién nacido, rosado, y muerto; y los restos atroces de los pavos reales. Qué sorprendente resultaba ver aquellas imágenes tan desoladoras bajo un sol radiante y un cielo azul; una llovizna brumosa habría sido mucho más adecuada. Ahora pasaba un gato atigrado con la panza abotargada, las pequeñas garras en la superficie y la cabecita hundida en el agua. Ebin Willoweed lo miró con interés con sus redondos ojos azules y le dio un toque suave con el remo. Pese a la profunda tristeza de sus hijas y sus ruegos por regresar a casa, puso rumbo al río. Entonces la corriente se embraveció y el impacto de los remolinos contra árboles y postes se hizo audible, así que no le quedó más remedio que ceder un remo a una de las niñas para reconducir la barca hacia la seguridad del jardín. Después de semejante esfuerzo se mostró ya más dispuesto a volver.

Cuando entraron en la casa, la abuela bajó apresurada de su dormitorio para recibirlos. Chapoteaba por el vestíbulo inundado, y con su voz grave, más bien nasal, gritó: —Contádmelo todo acerca de la riada. ¿Ha destrozado el puente? ¿La presa ha aguantado? ¿Sabéis si se ha ahogado alguien?

Los bombardeaba a preguntas. Con una mano se arregangaba el largo faldón negro; con la otra sostenía la trom-



petilla larga y curvada. Emma, la nieta mayor, se acercó a la corneta y gritó por ella unos instantes. El artillero se cubrió de vaho, Emma se lo devolvió a su abuela y se limpió los labios con la falda de algodón. La abuela ordenó a voz en grito:

—Pero no os marchéis todavía, contadme más. ¿Qué ha sido de mis parterres de rosales?

El hijo agarró la trompetilla que su madre sacudía frenéticamente sobre la cabeza y voceó hacia sus negras profundidades:

—Hay animales muertos flotando por todas partes. Tus rosales están completamente cubiertos, tendrás suerte si se salva un ramillete.

—¿Mollete? ¿Qué mollete? ¿Ya está la comida?

La anciana se abrió paso por el agua hacia el comedor, donde Dennis se entretenía con una flota de barquitos de juguete.

—¡Hallo, marinero de agua dulce! —saludó su padre. El muchacho no respondió y se acuclilló para deslizar el barco que tenía en las manos. Los colores se le subieron a las orejas—. ¿Te gustaría salir conmigo a rescatar alguna oveja? —le preguntó con fingido entusiasmo.

—No, gracias, papá. Creo que hoy no me encuentro demasiado bien.

Su padre lo miró con una mezcla de fastidio e impaciencia.

—¡Por Dios! Pero ¿es que nunca te apetece hacer nada, blandengue? Bueno, subiré a mi habitación; es el único sitio donde se puede estar hoy. No habrá prensa, supongo.

Se marchó del comedor sin dejar de refunfuñar y subió las escaleras hacia su guarida en lo más alto de la casa.

—Cualquiera podría encontrarse mal —se dijo el muchacho para sus adentros, y siguió jugando con sus barquitos. Los había construido él mismo y eran su mayor orgullo.

—No le hagas caso a papá —lo animó Hattie—. ¿Te has dado cuenta de que esta riada mantendrá nuestras lecciones alejadas de su mente durante varios días, o puede incluso que una semana?

Rompió a reír de felicidad y empezó a chapotear por el agua con sus oscuros pies descalzos. La abuela reparó en que no había indicios de los molletes y en que la estaban salpicando innecesariamente, así que le propinó un capón a Hattie en la lanosa cabeza y espetó:

—Para ya, niña. Ve a la cocina a ver qué andan tramando ese par de fulanas perezosas.

Y Hattie se alejó berreando por el pasillo.

En la planta superior, Emma estaba sentada en el alféizar de la ventana de su dormitorio, que estaba abierta de par en par y se deleitaba al sol mientras se peinaba la meлена cobriza como la mermelada de naranja. Cerró los ojos y olvidó las aciagas escenas sumergidas de la mañana. Un profundo sentimiento de satisfacción se apoderó de ella al sentir el calor del sol y al cepillarse el pelo, soñadora. Después abrió los ojos, se examinó las manos y se pellizcó la punta de las uñas, esperando que algún día fueran largas y puntiagudas.

«Ay, cuánto me gustaría asistir a un baile y ponerme un vestido de noche de verdad —pensó—. Pero nada de eso sucederá: ni bailes, ni admiradores. Seguiré siendo yo, y no pasará nada de nada.»

Más arriba en su guarida, arrellanado en su desvencijado sillón de cuero, su padre se preguntaba si habría sido demasiado duro con Dennis.

«Pobrecillo —se dijo—, el muy desgraciado es tan condenadamente miedica que me saca de quicio. No cabe duda de que necesita ir a la escuela; pero la puñetera vieja es tan tacaña que jamás pagará la matrícula. No abundan los hombres que están dispuestos a pasarse horas enseñando a sus

hijos como hago yo. La gente me tratará de holgazán, pero una tarea como esta requiere energía a raudales.»

Encendió la pipa.

«Es una buena idea fumar en pipa, así la gente ya no espera que les ofrezcas cigarrillos. Una vez conocí a una enfermera, una auténtica monada, pero fumaba como un carretero y esperaba que yo la abasteciese de tabaco. Al final no me quedó más remedio que dejarla; me salía demasiado cara. Creo que por eso me pasé a la pipa.»

Volvió a encenderla.

«Me gusta esta habitación. La gente se reirá de ella; pero es muy cómoda.»

Atravesó la estancia hasta el pequeño piano de pared destartado. Le faltaban algunas teclas, y el marfil de las que quedaban amarilleaba. Toqueteó el piano unos instantes aún de pie, después se sentó en el taburete redondo de velvetón e interpretó una alegre melodía que pareció levantarle considerablemente el ánimo. A continuación, sus ojos se posaron sobre la repisa de la chimenea. Estaba forrada de terciopelo verde oscuro, adornada con pompones y, sobre ella, había una botella de cerveza medio vacía y un vaso sucio con algunas moscas muertas flotando en el interior. Echó las moscas al cenicero, que estaba a punto de desbordarse, y se sirvió un vaso de cerveza. Apenas tenía gas, pero no era imbebible del todo. Mientras daba cuenta del brebaje, balanceándose de puntillas hacia delante y hacia atrás, se dijo para sus adentros: «Después de comer volveré a salir con la barca; quizá vea algo que merezca la pena. Tiene que haber un montón de cosas interesantes tras una inundación de esta envergadura. Seguro que entre tanta agua alguien se habrá ahogado. Me llevaré a Hattie; esta se apunta a un bombardeo. Emma es peculiar, un bicho raro como su madre; en cambio Hattie es pura alegría, la mejor de la pandilla con diferencia. Evidentemente no es hija mía, no me

creo esas bobadas de pueblo de que sea negra porque Jenny muriera antes de dar a luz; eso no son más que cuentos de viejas. La negritud no se le notaba tanto de recién nacida; pero ahora no hay vuelta de hoja. A saber cómo diablos se las arregló Jenny para buscarse un amante negro, aquí, en este poblacho solitario. Eso sí que me deja anonadado...».

El estruendo del gong interrumpió sus pensamientos; apuró de un trago su cerveza rancia y se encaminó a la planta de abajo, donde encontró a su familia comiendo en el antiguo cuarto de los niños, que estaba relativamente seco. Hacía varios años que no entraba allí. El interior estaba muy oscuro por los abetos que se apiñaban contra la ventana. Había sido su cuarto cuando era pequeño, y constató divertido que ni el papel pintado de la pared ni los muebles habían cambiado: ni la cajonera de cantos redondeados, ni el biombo estampado como un álbum de recortes, ni el viejo sofá rojo con los muelles asomando por debajo, ni la cómoda alta que le había traído problemas por dedicarse a esconder ranas en el cajón superior. Recorrió la habitación con una mirada complacida, se comió el fiambre cocido y los guisantes rodeado de su familia, y se sintió satisfecho.

A medida que fue transcurriendo el día, la riada comenzó a bajar de nivel. Abandonó el hogar de los Willoweed, y en su lugar dejó barro, hierbajos de río y un penetrante tufo a humedad. Afuera, los niños colocaron guijarros en la hierba para marcar la retirada del agua. El jardín descendía hacia el río y cuando cayó la noche, volvió a ser visible media pendiente, tapizada de flores mojadas y apelmazadas y de césped de un verdor esmeralda. Unos cuantos objetos extraños e inertes yacían desperdigados. El viejo Ives los recogió y los guardó en el cuarto de las calderas. Por desgracia, Dennis vio cómo metía a la fuerza un pavo real.

—¿Estás seguro de que está muerto, viejo Ives? —preguntó.

—Pues claro, este pobre bicho ha hincado el pico —masculló, y estampó la puerta sobre el animal.

El pavo real superviviente se puso a gluglutear. Tronaba y el cielo se había teñido de amarillo y gris.

—Ahí lo tienes, dije que llegaría la lluvia, y la lluvia llega —apuntó el viejo—. Ese pavo real huele a rayos. Deben de ser las plumas al chamuscarse.

Abrió una rendija la puerta de la caldera y escapó una humareda pestilente.

—Creo que es hora de irme a la cama —comentó Dennis—. Buenas noches, Ives, me alegro de que tus patos estén de regreso.

—¡No te vayas todavía, muchacho! Mira a este morrongo que me he encontrado —añadió mientras se sacaba del bolsillo un gatito muerto y empapado.

El pelaje cobrizo se le había despegado de la cola, dejando el hueso a la vista. Dennis se había marchado, así que el gatito siguió al pavo real a la caldera.

Durante la noche estalló la tormenta. La abuela despertó a los niños y a las criadas, que dormían a pierna suelta.

—Van a caer sobre la casa. ¡A las bodegas! —gritó—. ¡Todo el mundo a las bodegas!

Los niños se vieron arrastrados a las bodegas, que estaban completamente inundadas, y todos quedaron hechos una sopa. De allí, los condujeron a la gran cocina de piedra, donde se sentaron dando diente con diente y sollozando bajo la mesa.

—¡Echad las cortinas, estúpidas! —gritó la abuela cuando el destello azul de un rayo resplandeció en la cocina.

Norah se subió a la mesa para alcanzar la ventana; pero el fragor de un trueno la envió pitando hacia el escobero de debajo de la escalera.

—¡Serás cobarde! ¿Para qué te crees que te pago, pen-dona? —gritó la abuela Willoweed.

Descargó otro relámpago, seguido de más gritos y llantos y un trueno estrepitoso. En medio de todo ese ajetreo, Ebin Willoweed apareció por las escaleras traseras sosteniendo una vela. Vio a su madre acuclillada debajo de la mesa junto a los niños. Emma seguía arriba. Eunice se había reunido con su hermana en el armario de las escobas; Hattie lloraba a moco tendido; y Dennis tiritaba un poco apartado.

—¡Echa la cortina, inútil! —gritó su madre.

Ebin se encaramó a la mesa y obedeció justo cuando cayó otro rayo cegador. Una tacita de porcelana del aparador estalló en pedazos, y Ebin salió escopetado a reunirse con su familia bajo la mesa. Empezó a llover a mares, aunque lo peor de la tormenta había pasado.

—¿Qué tal un poco de chocolate caliente? —voceó a través de la trompetilla de su madre.

—Eso, ese par de furcias tendrá que preparar un chocolate —asintió—. Aquí siempre tomamos chocolate después de una tormenta. Venga, zánganas, ¡salid del armario!

Las criadas salieron sin hacer ruido y prendieron el humeante hornillo de parafina y las velas de los candelabros de latón que había sobre la repisa, y así los destellos ocasionales dejaron de ser tan visibles.

Mientras observaba cómo Norah trajinaba, Ebin reparó en que en el pecho tenía un lunar enorme con la forma del mapa de Australia. Ella se fijó en que, en lugar de botones, el hombre llevaba chapas de cerveza de jengibre enganchadas con alambre al pijama.

«Pobre hombre —pensó—, realmente somos un par de zánganas.»

Durante los días posteriores apenas tuvieron tiempo para zanganear. Había que arrastrar las alfombras al césped para que se secaran y quitar el barro de suelos y muebles; hacía años que la casa no se limpiaba tan a fondo. La

mayoría de las tareas más arduas recayeron sobre Emma y las dos criadas. La abuela Willoweed se paseaba entre los trabajadores blandiendo un atizador de alfombras de mimbre, y si consideraba que alguien no se afanaba lo suficiente, recibía un mamporro. A los dos pequeños los pusieron a sacar brillo a los muebles, una tarea a la que se entregaron de mala gana. Dennis estaba arrodillado sobre un libro, que leía cada vez que su abuela desaparecía de su vista.

—¿Te has enterado de que se ha ahogado Grumpy Nan, la abuelita gruñona que vivía en la casita junto al molino? —le gritó Eunice a su hermana.

—Sí, pobre mujer —respondió Norah—, pero ya llevaba muriéndose una eternidad. Dicen que tenía un cáncer y que había sufrido lo indecible, ¡pobrecita! Se oían sus gemidos al pasar cerca de su casa. Sí, realmente ha sido una liberación.

¡Zas! El atizador restalló en su espalda. Apocadas, las hermanas reanudaron sus faenas. Emma pasó junto a ellas con un brazo estirado para no perder el equilibrio debido al peso del cubo que acarreaba. Vació el agua sucia en la gran pila marrón. Un gato blanco y suave había estado sentado en el escurreplatos contemplando con atención el goteo del agua desde la bomba. Se encaramó de un salto al hombro de Emma y le restregó el hocico contra el cuello. Ella lo acarició distraída; pero tenía las manos mojadas y el gato brincó al suelo oscuro de piedra y le lanzó una mirada cargada de reproche con sus ojos ambarinos.

Su padre tropezó en la antecocina. A pesar de su imponente estatura, caminaba siempre de puntillas, ligeramente inclinado hacia delante con los hombros encorvados.

«Es el hombre zanahoria —se dijo su hija—, pelo naranja, bigote naranja, traje de tweed naranja.»

Dejó la bandeja del desayuno en el escurreplatos. Siempre desayunaba en la cama. Normalmente se lo lleva-

ba Hattie; las criadas apenas se aventuraban a entrar en su dormitorio, y su cama podía quedarse días sin hacer. Después de dejar la bandeja, ornamentada con mendrugos de pan y yema de huevo reseca, rodeó a su hija con el brazo, la estrechó con fuerza y la besó en la nuca. La muchacha lo apartó nerviosa.

—Ay, de acuerdo, solo estaba siendo cariñoso —repuso airado—. ¿Dónde está tu abuela?

—Ah, por ahí, patrullando. Está que trina.

—¿De verdad? Debe de ser por tanta limpieza, supongo; pero no esperará que la ayude; mis manos son mi bien máspreciado, y podría estropeármelas. De todas maneras, aborrezco las tareas del hogar y hay que ser idiota para prestarse a ellas siendo hombre; bueno, o mujer, para el caso... ¿Cómo era aquel refrán de que el ocio robustece y el trabajo envilece? Ya no me acuerdo... —Estiró los brazos y dio un largo bostezo—. Creo que me voy a ver al doctor Hatt. Allí no habrá ninguna mujer limpiando porque he oído que su esposa anda fuera, está enferma en un asilo. Un cambio de aires, supongo.

Soltó una risilla tonta y se alejó por la puerta de atrás.

«Papá me hace odiar a los hombres», pensó Emma mientras bombeaba agua al cubo. La bomba escupió una babosa, y ella la atrapó y la depositó en una esquina oscura y húmeda bajo el fregadero.

«Pobrecita —pensó—, como la encuentren las criadas, la quemarán; pero si la dejo fuera, será el Viejo Ives quien dé con ella y acabará en un cubo de sal o en el comedero de los patos.»